

LOS LIBERTADORES: Y BENITO ARANGUREN

LOS grandes hechos, las magníficas obras, y hasta la noble y beneficiosa labor humana o patriótica de un hombre, siempre han necesitado, para ser apreciadas, del horno del tiempo. Y más se demoran los pueblos en hacer justicia y honrar en forma absoluta a los que por ellos se sacrificaron. Los premios, los galardones, puede afirmarse que sólo los reciben sus espíritus. Y en cuanto a los méritos y glorias a que voy a referirme, de carácter patriótico, el leve reconocimiento sólo se inicia al morir. La regla es casi absoluta en nuestro país. Habrá quien pretenda negarlo, al entender que los libertadores (abarco en éstos a todos los patriotas que lucharon por nuestra emancipación), sólo dieron una aportación relativa; pero la realidad es esta: España dominaba esta Isla, con elementos tales, económicos, industriales y fuerzas armadas en centenares de miles de voluntarios, ejército regular, adictos, fortalezas, marina y autoridad en todas las ciudades, que parecía quimérico suponer que patrullas de románticos insurrectos pudieran inquietarla. Por eso más del noventa por ciento de la población se inclinaba al gobierno colonial hispano, y un escaso diez sentía ansias de libertad. De éste, exíguo porcentaje se enfrentó a España, y ni el tres tuvo coraje para empuñar las armas rebeldes, y en guerra sin cuartel mantenerse lustros luchando con honor, sin paga, sin cuarteles, sin ropa, sin armas, cayendo en ignorada manigua a veces de resultas de heridas descuidadas y de hambre. Estos libertadores, este ejército mambí, actuaba mientras más de un millón cuatrocientos mil vecinos de Cuba vivían sin peligros. Ellos estaban buscando la libertad que a los demás le era indiferente. ¡Ejército noble; tipos extraordinarios que se sacrificaban por un soberano ideal: tener patria libre de tutela extranjera! Y vencieron. No usemos el sofisma de que fué por el auxilio norteño. No señor. Nosotros encendimos la hoguera. Hicimos historia de leyenda. Murieron por el ideal falanges. En 1897 teníamos a España en aprieto definitivo, econó-

mico y militar. Y los Estados Unidos sólo nos dieron el brazo en los finales momentos, enviando un reducido núcleo de visos, oficiales y jefes inexpertos, que sin nuestro consejo y ayuda fácilmente hubiesen sucumbido frente a los tercios veteranos españoles. La victoria es mambisa. Los yanquis vinieron a coronar con éxito rápido y económico que les dió hegemonía casi mundial con el imperio de Puerto Rico y Filipinas y una nueva esfera de acción diplomática.

Entonces esos esforzados libertadores fueron obligados a replegarse. No supieron enfrentarse con el nuevo problema, e imponer la importancia de su obra, y unirse en sagrado bloque de honor; y dejaron a los audaces hacer. Hasta se les compraron sus heroicas armas de la final epopeya por míseros dólares. Y luego vino un modesto premio, mejor dicho, un minúsculo reconocimiento de aquello que jamás podrá pagar la patria: la libertad. Cualquier gran "chivo" nacional ha costado más caro a la dignidad cubana, que la llamada "paga" al Ejército Libertador. Y lo cierto es que los beneficios que pacíficamente reciben los cuatro millones de habitantes que tenemos, están exclusivamente cimentados, sostenidos, gracias y por sobre los sacrificios incomparables de esos libertadores, de esos soldados y patriotas. Por lo cual yo veo, y muchos de igual modo, que cada uno de esos supervivientes de epopeya, viejos, famélicos, cojos, tuertos, inválidos, algunos luciendo en el pecho gloriosas medallas de bronce, oro y plata, son los más limpios y soberanos pilares de esta Cuba. Les debemos imperecedero agradecimiento; hasta el punto que debiera estar dispuesto saludo obligatorio de los ciudadanos, policía, ejército, milicia... Porque hacerlo es honrarse.

Pero así no ocurre. En estos tiempos de egoísmo, rivalidad política enconada y desdén patriótico, ingratamente es corriente oír decir, cuando se presenta un libertador con sus immaculadas medallas o botón de guerra, "que ya le pagaron sus servicios". ¡Impiedad grosera! Todo se puede lograr en Cuba: presidencia, secretarías

del despacho, jefatura del ejército, millones de pesos, curules jugosas en el Congreso; cualesquiera de esos cargos se obtienen con argucias o por influencias; pero nadie más podrá llegar a ser "libertador" legítimo, libertador frente a un poder como lo fué España. Ni vuelven aparecer Agramontes ni Henry Reeve ni los Mármol, ni los Maceo, ni Máximo Gómez, ni Goicouría, ni Céspedes ni Martí, ni Juan Gualberto. Se darán mutuamente los de ahora medallas y botones diversos y curiosos, pero jamás tendrán derecho a ostentar el supremo galardón de libertadores que lucharon sin paga y expulsaron a España de esta Isla.

Esto es algo que no hemos querido enseñar a la niñez. Hablamos y escribimos acerca de la República, del disfrute actual, desde diversos puntos de vista, sin reconocer que los patriotas y libertadores, con sangre y muertes, produjeron este estado, hasta el extremo inaudito de que en la mesa del banquete se han sentado, y tienen preeminencia, los que no pagaron su cubierto, sino que desde lejos lo apedrearon con sus guerrillas, denuncias y unidades enemigas. Puedo dar fe de que se suele ver con tanta indiferencia la muerte de un libertador, como la de antiguo guerrillero o voluntario o fullero politicastro. Un día ví que un muerto oficial mambí, héroe en varias campañas, llegaba al Cementerio de Colón seguido por pocas docenas de compañeros, e inmediatamente detrás apareció, con asombroso cortejo, entre ellos altos funcionarios de la República y numerosas coronas, el féretro de uno que había sido pérfido y poderoso enemigo de nuestra independencia.

Todo esto se me ha ocurrido con motivo de la muerte de Benito Aranguren y Martínez. Era hermano del famoso coronel Néstor Aranguren. Se marchó a la guerra siendo niño. Cumplió dignamente su deber y alcanzó el grado de comandante. Es decir, comenzó a ser ciudadano útil a la patria desde sus mozos años. No se alistó en un ejército mercantilista, y al terminar no exigió remuneración de ninguna clase. Púsose al trabajo. Fué oficial de policía. Era un hombre de carácter severo, violento. Mejor es

llamarlo volcánico, porque rugía en minutos y en seguida le llegaba serena y amable paz. Inquieto sin reposo. Su menudo cuerpo estaba siempre vibrando como cuerda de violín. Todavía en estos últimos días (a los sesenta años) parecía un joven. Sus ideales eran apasionados, hasta en los tiempos que hizo política por su muy querido y adicto jefe general Mario Menocal. Lo derrotaron en su aspiración. Pero este temperamento de azogue y fuego tuvo muchos y buenos amigos. De virtudes inmaculadas. Tenía preocupación por la honestidad. De ahí que a sus cargos llevase la limpieza de Lincoln. La verdad mayor de Benitín era con la patria. Para ésta demandaba sacrificios, como su hermano Néstor. En medio del pasado y presente vendaval político, de olvidos y claudicaciones, Benitín recorría algunas calles y visitaba a amigos en persistentes trémolos de crítica y aspiración a una situación mejor. Su tema favorito, invariable, a veces en largas tiradas de lectura de trabajos suyos de cauterio, era la situación imperante. Esto le valió cesantías y verse en frecuentes situaciones estrechas. Extremos que en nada disminuían su furor contra los filisteos. Evocaban día y noche las glorias del pasado. Si la falta de comida y de armas no le rindió en la manigua, frente al ejército español, menos había de callar sus opciones en la patria emancipada. Benitín en la paz fué un cruzado de la dignidad cubana. Libertador que jamás figuró en acto innoble. Sirvió con celo en puestos públicos y vivió escuetamente de su sueldo; en Sanidad, con vaivenes ingratos, hasta los últimos momentos. La pasión mayor de Benitín era la memoria de su hermano Néstor. Lo veneraba de modo tan íntimo y puro, que recientemente a nadie quiso invitar al traslado de sus restos al panteón donde él ahora también descansa. Preocupado de que el nombre de aquel bravo viviera palpitando en la masa cubana; y su contrariedad era enorme cada vez que llegaba a la Villa de Guanabacoa y veía abandonado el parque a la entrada del lugar, frente al hospital, con el busto de Néstor sin inaugurar. Un día antes de morir, en plática conmigo, montado en cólera me habló de que

el desvío patriótico de las autoridades era tan cruel que hacía años que el busto estaba relegado a un solar casi yermo, sin fijarse en que había muerto por esta tierra.

En 1934 **Benitín** publicó un interesante volumen de "Recuerdos"; su vida completa desde el seno de la familia y sus campañas guerreras, misión a los Estados Unidos y actividades junto a su hermano. Precioso homenaje mambí. La publicación casi totalmente la obsequió a sus amigos, y fué un pasajero lenitivo mientras lo escribía, distribuía y sobre el tema se ocupaba largamente. Sus puntos cardinales de amor fueron: la patria, su padre, su hermano Néstor y su hija; en esta última tenía cifrada la más vehemente pasión, era su diario y casi único consuelo y esperanza.

Dos cosas podían unirnos a **Benitín**. La primera, la patria: ésta me llevó a su íntimo afecto, desde que comencé a reunir los materiales para el que luego fué mi libro "Aranguren: del ciclo mambí". Y la segunda, el juego de pelota, en el que fué fanático extraordinario y a veces pendenciero por el color de los almendristas. Su paso por ese deporte es célebre. En defensa de su partido arma formidables trifulcas, sin que desdenara discusiones y riñas personales. En los terrenos del Almendares la voz de **Benitín** se destacaba. Muchísima era su popularidad, tanta que los fans bien pronto habrán de advertir su ausencia. Y, sin embargo, como bien dice Horacio Alonso, a su entierro sólo acudió, de ese sector, el *Umpire Atan*.

Benitín vivió agitado como un volcán y, como en un volcán en un segundo se apaga la erupción, así la vida de este paladín libertador se apagó en momentos. Acudió al cine la noche anterior. En la madrugada del primero de marzo de 1938 sintió un fuerte dolor de cabeza, y horas después estaba muerto. Rehusó honores militares. Lo encerraron en ataúd gris. Sólo en el diario "Avance" ví su esquela mortuoria. En los demás, una pequeña nota. En contraste, todas las columnas estaban llenas de

anuncios de centenares candidatos políticos, para la "escena" del 5. **Benitín** me había hablado de los que pedían votos anunciándose con números de la charada, como servidores del pueblo, que "tenían guano y se ponen para su número", y, agitada, en plena calle de Obispo, gritó: "¡Desvergüenza: y para esto, para esa mascarada impía, murieron tantos patriotas!"

Acudieron a sus exequias escasos amigos y veteranos compañeros. Despidió el duelo el coronel Cosme de la Torriente. Y así como en campaña estuvieron juntos, Néstor y **Benitín**, así juntos descansan para siempre.

Villa de Guanabacoa,
Marzo 3, 1938.

G. Castellanos G.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA